



Entre el amor y la indignación

El valor de ser maestro hoy

Virginia Osorio | Maestra. Diplomada en Dificultades de Aprendizaje del Lenguaje. Montevideo.

«La comprensión del mundo, tanto aprehendida como producida, y la comunicabilidad de lo comprendido son tareas del sujeto, en cuyo proceso debe volverse cada vez más crítico.»

Paulo Freire (2012)

El presente artículo pretende movilizar al lector con respecto a la función docente, su pasado y las consecuencias en el presente, para luego intentar “cambiar la mirada-pisada” de todos. En este sentido, Carlos Cullen describe el «tiempo donde se forma identidad magisterial».

«El magisterio es un “relato en búsqueda de un narrador”. Justamente los escenarios educativos se presentan con tensiones, dilemas, conflictos, diferentes personajes y distintas peripecias. El desafío formativo es irse constituyendo en “narrador”, que va unificando en un relato siempre abierto estas diferencias y tensiones. Esta identidad narrativa, que nos define como maestros, la vamos formando en esta difícil tarea de construir un relato, capaz de unificar esas tensiones, conflictos, dilemas, esperanzas, peripecias, y darnos una identidad que nos defina.» (Cullen, 2009:21)

«Es difícil, porque, en primer lugar, implica tejer los hilos del tiempo, esos que Heidegger llamaba “los éxtasis temporales”: un pasado, que lo constituimos en el desde donde nos vamos formando, y que se convierte en el “había una vez” del relato, un futuro que irrumpe dislocando nuestras certezas, abriendo interrogantes y difiriendo de alguna manera nuestros posicionamientos, y todo esto en un presente que está constituido por la tensión entre ese pasado y ese futuro, y donde no podemos aposentarnos definitivamente, sino que exige sabernos narradores, que vamos unificando en un relato, cada vez, la memoria y el proyecto: es decir, vamos formando identidad narrativa. No hay identidad magisterial sin memoria y sin proyecto.» (Cullen, 2009:24)

En esta línea de pensamiento de Cullen hablemos, en primer lugar, de la MEMORIA. La escuela en nuestro país nació como proyecto político de homogeneización y con disposiciones claras de igualdad, laicidad, obligatoriedad, identidad y sentido de pertenencia a una nación, inscribiéndose en la órbita pública. Juan Casasus (1995) plantea que el sistema de educación pública fue un acto político cuya finalidad se

manifestó en un esfuerzo de integración de los sectores populares a la vida de la sociedad, mediante el cual se esperaba transformar al “súbdito fiel a la corona” en un “ciudadano activo”. A partir de allí vemos la expansión de los sistemas educativos en infraestructura y cobertura, la escuela es vista positivamente como aquella institución encargada de la formación del ciudadano, los maestros percibían un salario muy bueno, lo cual hacía que trabajaran un turno solo y pudieran prepararse muy a conciencia (realización de cursos, planificación de sus clases, trabajo administrativo, etc.). Más adelante, con la industrialización y el creciente comercio mundial, comienzan las dificultades para asumir los gastos en lo económico; eso se evidencia en los países latinoamericanos (nuestro país no escapa a ello) y hacia fines de los años setenta, estos países se encuentran en plena crisis en cuanto a implementación de las estrategias de desarrollo que tienen su correlato en la crisis de la educación. Casassus sostiene que la percepción optimista que se tenía de la educación se desmorona y es reemplazada por una creciente desilusión de lo que se puede esperar de ella. A partir de allí, en nuestro país como en tantos otros países latinoamericanos se implantó un gobierno autoritario de facto que introdujo una política neoliberal, llevando a la educación a un período de crisis expresada en carencia financiera, irrelevancia económica, desprestigio social y desmoralización de su personal.

«...las largas huelgas magisteriales de la segunda mitad de los años '80, reivindicando no sólo mejores salarios sino también la dignificación de la condición docente, encuentran poco eco en la ciudadanía. El sentimiento predominante en la sociedad, en general, es de indiferencia. El sentir de los padres y apoderados es ambiguo, pues combina una actitud de comprensión hacia la difícil situación de los docentes mezclado con otra actitud de creciente hostilidad hacia ellos, porque las huelgas afectan los intereses de sus hijos. El momento más grave de la crisis se produce cuando la actitud de indiferencia hacia la educación hace presa de la sociedad.» (Casassus, 1995:32-33)

Volviendo a la línea histórica, estas políticas neoliberales desestructuran el sentido político y social sobre el que se montó la escuela pública pretendiendo, según Pablo Gentili (1997), dotar a la escuela de un sentido económico y productivo. Al respecto, Felipe Stevenazzi plantea que el proceso impulsado por estas políticas generó descrédito de la gestión estatal frente a la privada, cobrando fuerza la idea de circuitos de “calidad” y circuitos “para pobres”. En este marco observamos la aparición de procesos de fragmentación y segmentación social y, en consecuencia, varias funciones asumidas por la escuela: alimentación, contención afectiva y asistencia (Stevenazzi, 2009:87). Funciones que, a mi entender, “despolitizan” la educación y le quitan a la escuela el espacio democrático y el tiempo pedagógico de enseñanza-aprendizaje para el que fue creada.

Hoy, después de treinta años no tenemos un gobierno de facto, pero continuamos con las mismas políticas neoliberales. Si nos enfocáramos en revisar las condiciones de la educación actual, deberíamos hacer un exhaustivo análisis tocando diversos puntos que no podrían ser abordados en su totalidad en este artículo; sin embargo, no puedo dejar de mencionar algunos.

Nos encontramos frente a una realidad escolar que debe dar respuesta a los requerimientos tradicionales de la escuela y a los nuevos (trasmisión y producción de saberes complejos y habilidades para vivir, soñar, pensar y hacer; preparación desde lo ético, didáctico y disciplinar; introducción de las nuevas tecnologías; diversificación de la planificación, etc.), a las demandas de las familias y la comunidad, a la fragmentación social y a las necesidades básicas (mencionadas anteriormente como consecuencia de la introducción de políticas neoliberales), a la ausencia de otros profesionales (como equipos interdisciplinarios que enriquezcan y aporten al trabajo pedagógico), a la falta de recursos (locales escolares y materiales vetustos), a la sociedad de consumo, etc. Todo ello implica una sobreexigencia docente, ya que el maestro o profesor debe profundizar su formación (costeando cursos, talleres, libros, materiales, etc.), asumir más de diez horas diarias (trabajo administrativo, de reflexión, planificación, evaluación, en el hogar, más otros trabajos, por bajo salario), afrontar humillación por parte de las autoridades políticas, crítica social, etc.

Hoy, después de treinta años se repite la historia: escasa inversión en educación, indiferencia y desprestigio social, y desmoralización de los docentes. Razones por las cuales, luchar es más que legítimo. Freire (2010) plantea: «*La lucha de los profesores en defensa de sus derechos y de su dignidad debe ser entendida como un momento importante de su práctica docente, en cuanto práctica ética*». Ahora bien, ¿qué tanto se sabe de la función docente? ¿Por qué la indiferencia social? ¿Estarán siendo efectivas las medidas de lucha?

Sin ánimo de querer responder estas preguntas e intentando sembrar la reflexión, tomo las palabras de M. T. Francia: «*la función docente es sumamente compleja porque está conformada por aspectos diversos que, por no estar siempre explícitos, generan contradicciones y tensiones*». Creo que es justamente eso lo que genera prejuicios e indiferencia en la sociedad, producto del desconocimiento de la labor docente. Cuando se habla de educación en los medios se habla de aquello que conviene, y que a su vez es lo que “vende”. ¿Y qué “vende”? “La crisis del sistema educativo”, “el problema” de la escuela pública, el docente “malo”, el alumno “pobre”, etc. En este punto debemos hacer un mea culpa y reconocer que somos bastante malos informando lo que nos pasa. Nos pasa mucho más que nuestro salario; nos pasa todo lo que escribí unas líneas más arriba y más... ¿Qué hacer entonces? La verdad es que es difícil responder una pregunta tan compleja, pero me animo a esbozar posibles líneas de acción a riesgo de terminar siendo algo simplista.

En primer lugar considero que además de que no está claro cuál es la función docente, para qué está la escuela y la importancia real de la educación, tampoco está claro por qué es el conflicto docente y cuáles son las razones de nuestra lucha. En segundo lugar creo que podríamos ir repensando las medidas de lucha, que no pasan simplemente por hacer paro en oportunidad de discutirse la rendición de cuentas a nivel legislativo.



Los maestros hemos aprendido a sobrevivir en la escuela pública “tapando agujeros” para que los principales actores, los niños, se sientan felices a pesar de todo. Entonces hacemos frente, según Marina Müller (2010), ya sea a las carencias estructurales que obstaculizan los procesos de enseñanza-aprendizaje o a las dificultades en la participación de las familias, pasando tanto por las situaciones de violencia y de maltrato que son detectadas en la institución escolar como a la compra de materiales de expresión plástica, tornillos para colgar el pizarrón o pintura para las mesas. Así es muy fácil para nuestras autoridades, que tienen todo en una sola persona: trabajador social, psicólogo, pintor y albañil, entre otros. Y yo pregunto, ¿esto quién lo sabe? Pocas personas: el esposo o padre que te da “una manito”, una madre que conoce “el paño”, un vecino, abuelo de un ex alumno. Pero esto no sale a la luz, y a mi entender estas son las cosas que también tienen que darse a conocer a los medios de comunicación.

Humildemente considero que uno de los problemas está en la comunicación: cómo y qué comunicamos. No se habla de las producciones de los niños ni en lo artístico ni en lo científico. No se habla de los aportes de los docentes en tantas investigaciones. No se habla de que está demostrado que los docentes saben mucho más que enseñar. No se habla de la reflexión y el análisis de los docentes. No se habla del compromiso docente, a pesar de las adversidades. Se habla de todo lo que le falta al docente, al alumno y a nuestro sistema educativo: ¡rinde más y cuesta menos!

En ese sentido, analizado mínimamente el pasado y volviendo a la línea de Cullen hablemos en segundo lugar del PROYECTO, es decir, del futuro de nuestra profesión. En esta trama social, política, económica y cultural se hace necesario volver a insistir en la recuperación de la especificidad de los procesos educativos. Es necesario volver a nombrar a los docentes como profesionales de la educación y recuperar la escuela como espacio y asunto público, como aquello que nos interpela a todos y que el Estado debe garantizar, como un desafío colectivo que nos involucra a todos como sociedad (Stevenazzi, 2009).

H. Giroux plantea que se necesita un nuevo lenguaje para comprender la educación pública como formativa de la democracia, y que en ese proceso los docentes juegan un papel de vital importancia como intelectuales transformadores.

«Considerar que los centros de enseñanza pública son laboratorios de la democracia y que los docentes son intelectuales críticos ofrece a una nueva generación de recordatorio concreto de la gran lucha por la democracia. Esta lucha conlleva el intento de liberar a la humanidad de la obediencia ciega a la autoridad. La feroz agresión actual a los docentes de la enseñanza pública es un recordatorio de que debe pelearse de manera más urgente por las condiciones educativas que permiten que las identidades, valores y políticas democráticas sean posibles y efectivos en un momento en que los ámbitos públicos democráticos son atacados por fanáticos del mercado y otros fundamentalistas ideológicos.» (Giroux, 2012:50)

Para terminar, dejo unas palabras desde el lugar de ciudadana y docente joven que recién empieza este camino. Creo que defender la educación pública hoy es tarea de todos. Siguiendo a Stevenazzi: *«El desafío de restituir la escuela como espacio público nos interpela como educadores y como sociedad, desde una concepción amplia de lo educativo en una “sociedad educadora”, en tanto asunto público que ocupa a todos y en el que todos estamos comprometidos a desarrollar de la mejor manera»* (Stevenazzi, 2009:91).

Como profesionales implicados directamente debemos más que nunca encontrar la manera de luchar por ella; de lo contrario simplemente quedaría en manos del mercado. Esto implica una tensión entre el amor hacia nuestra profesión y la indignación por la desacreditación. ¿Cómo es posible defenderla? Debemos redoblar la lucha, buscar otras formas de comunicación, reflexionar qué decimos y cómo. Implica desafíos, sueños, compromiso, valor y esperanza, sí se puede. Finalizo con las palabras de Freire:

«Si al leer este texto alguien me preguntara, con irónica sonrisa, si creo que para cambiar Brasil basta con entregarse al cansancio de afirmar una y otra vez que el cambio es posible y que los seres humanos no somos meros espectadores sino también actores de la historia, diría que no. Pero también diría que cambiar implica saber que es posible hacerlo.» (Freire, 2012:65)

Bibliografía

- CASASSUS, Juan (1995): “Concertación y alianzas en educación” en FLACSO; FUNDACIÓN CONCRETAR; FUNDACIÓN FORD; OREALC/UNESCO: *¿Es posible concertar las políticas educativas? La concertación de políticas educativas en Argentina y América Latina*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- CULLEN, Carlos (2009): *Entrañas éticas de la identidad docente*. Buenos Aires: La Crujía Ediciones.
- FRANCIA, María Teresita (2013): *Repensando la escuela desde la experiencia. La ética en la base de la gestión*. Montevideo: Grupo Magro editores.
- FREIRE, Paulo (2010): *Pedagogía de la autonomía y otros textos*. La Habana: Ed. Caminos.
- FREIRE, Paulo (2012): *Pedagogía de la indignación. Cartas pedagógicas en un mundo revuelto*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- GENTILI, Pablo (1997): Ponencia presentada en la Jornada en Defensa de la Enseñanza Pública en el Paraninfo de la Universidad. FENAPES.
- GIROUX, Henry (2012): *La educación y la crisis del valor de lo público. Desafiando la agresión a los docentes, los estudiantes y la educación pública*. Montevideo: Criatura editora.
- MÜLLER, Marina (2010): *Formación docente y psicopedagógica*. Buenos Aires: Ed. Bonum.
- STEVENAZZI, Felipe (2009): “Mandatos, tiempos y formatos (escolares)” en A. Romano; E. Bordoli (orgs.): *Pensar la escuela como proyecto (político) pedagógico*. Montevideo: Ed. Psicolibros-Waslala.